

CARTA PASTORAL
DE
RODOLFO CARDENAL QUEZADA TORUÑO
ARZOBISPO METROPOLITANO DE GUATEMALA
EN OCASIÓN DE LA PASCUA DEL SEÑOR DEL AÑO 2010

Muy queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Al disponernos, un año más, a celebrar la Pascua del Señor, escucho la poderosa llamada de Dios que nos urge de nuevo a renovar la fidelidad a su Palabra y a su amor. Y como pastor de la Iglesia que peregrina en la Arquidiócesis de Guatemala, deseo invitar a todos los fieles cristianos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, personas consagradas, laicos y laicas, en este inicio de la Cuaresma de 2010, a fin de que juntos respondamos a Dios con renovada entrega. Vamos a emprender de nuevo ese camino cuaresmal que nos conduce a la Pascua. Un camino en el que nos ha precedido Cristo y que toda la Iglesia ha concebido como un subir con Cristo a Jerusalén para participar en su misterio pascual.

1. La Cuaresma, Camino hacia la Pascua

La Cuaresma, lo hemos repetido muchas veces, es preparación para la Pascua. Una vez al año celebramos solemnemente los misterios centrales de la fe cristiana: Jesucristo, que ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado para nuestra salvación. Eso mismo lo celebramos cada domingo, en la Eucaristía dominical, e incluso cada vez que celebramos la Santa Misa, memorial de la Pascua del Señor. La Cuaresma es un tiempo en el que, entre otros aspectos, insistimos en la conveniencia de intensificar los espacios de oración, la vivencia del amor fraterno y los ejercicios que ayudan a dominar nuestra voluntad para ser más libres. La Iglesia sintetiza estos objetivos en tres palabras: oración, limosna y ayuno.

Una vez al año, coincidiendo con la primera luna llena de primavera (según el calendario lunar), celebramos el acontecimiento histórico que ha cambiado la historia de la humanidad: la muerte y la resurrección del Señor. Conviene prepararse bien para celebrar estos santos misterios con un corazón renovado. Nuestra fe cristiana no es un mito que se va relatando de generación en generación. Esta fe se apoya en hechos históricos, sucedidos en Jerusalén hace dos mil años y transmitidos fielmente por los apóstoles y toda la comunidad cristiana. Estos acontecimientos se actualizan en la celebración litúrgica de los santos misterios.

Cristo ha muerto por nuestros pecados. El pecado rompió las relaciones del hombre con Dios, y Dios, lleno de misericordia, nos ha enviado a su Hijo único, que hecho hombre como nosotros, ha ofrecido el sacrificio que nos salva. Nos ha reconciliado con Dios, a costa de su muerte en la cruz. El hombre se alejó de Dios, engañado por su ilusión de felicidad, y se extravió. Jesucristo ha recorrido el camino del hombre extraviado y lo ha rescatado de las zarzas y matorrales donde estaba enredado para llevarlo a Dios y hacerlo capaz de realizar su vocación en el amor.

Jesucristo no nos ha amado en apariencia sino de verdad. Es un amor que le ha costado la vida, con una muerte terrible en la cruz. En eso nos ha mostrado el amor que nos tiene, pues "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). A lo largo de la Cuaresma, meditaremos en la pasión del Señor, en su agonía, en sus dolores y humillaciones. Todo eso lo ha hecho por mí y por todos. Para librarnos de la condenación eterna, para reparar nuestros extravíos, para que podamos vivir como hijo de Dios, para llevarnos a la Pascua eterna.

Pero ***Cristo ha resucitado***, es decir, no se ha quedado muerto, sino que ha vencido la muerte resucitando. Su cadáver depositado en el sepulcro para ser amortajado ha sido transfigurado, su carne ha resucitado. Dios Padre le ha concedido una vida nueva, que él ha estrenado para todos los seres humanos. Una vida en la que todo es gracia, gozo, paz. Jesucristo nos promete una realización que sólo él puede dar, que empieza cuando nos encontramos con Él y que hemos de transmitir, comunicándola a los demás. Esa es la Buena Noticia, ése es el Evangelio.

Nos preparamos a celebrar la Pascua, la muerte y la resurrección de Cristo, para morir con Él y resucitar con Él, dejando atrás al hombre y mujer viejos, envueltos en el pecado, engañados por Satanás y todas sus seducciones, y acogiendo al hombre y mujer nuevos, que brotan del bautismo como criaturas nuevas. Recorremos este camino con toda la Iglesia, con María la madre de Jesús y madre nuestra, con todos los santos y santas nuestros hermanos. Si morimos con Él, resucitaremos con Él.

2. Cristo, por su resurrección, está con nosotros

Porque ha resucitado y está vivo, creemos que nos hace partícipes de la vida de Dios. Nuestro país y nuestro pueblo, acostumbrados a sufrimientos de todas clases, percibe muy vivamente el sufrimiento de Cristo y su pasión dolorosa. Las manifestaciones de fe alrededor del sufrimiento y de la muerte de Cristo son de un realismo conmovedor e incluso están presentes en la religiosidad popular de los guatemaltecos. Si, los guatemaltecos y guatemaltecas nos caracterizamos por el ardor con que vivimos la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Sin embargo, este año deseo invitar a todos a intensificar la fe en la resurrección de Jesucristo y a descubrir que es el fundamento de nuestra vida sacramental y de nuestra esperanza. Los expertos dicen que la resurrección es el sí de Dios a la vida y las palabras de Jesús de Nazaret. Sus contemporáneos lo condenaron: unos, por blasfemo; otros, porque soliviantaba al pueblo; y la mayoría del pueblo, porque no respondía a sus expectativas de un mesías político que resolviera los problemas de manera milagrosa. Hasta los discípulos que le habían acompañado de cerca y habían visto sus milagros le abandonaron. Pero Jesús se mantuvo fiel a la voluntad del Padre, y por eso afirmamos que la resurrección es el sí de Dios a cuanto Él fue, hizo y dijo.

Precisamente porque ha resucitado y está vivo, creemos que nos hace partícipes de la vida de Dios mediante el sacramento del Bautismo, que nos alimenta en la Eucaristía y que nos perdona los pecados en la Penitencia. Aunque sólo lo veamos con «los ojos de la fe», sabemos que está en medio de nosotros cuando nos reunimos en su nombre, que nos habla a través de las Escrituras y que camina siempre a nuestro lado. Porque la Ascensión no significa que se haya marchado más lejos, sino que ha salido del tiempo y ahora está de otra manera con nosotros.

Esta es la fe que anunciaban los Apóstoles, «que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras», como explicaba Pablo a los corintios (cf. 1 Cor 15, 3s). Es la verdad central que sustenta y vivifica nuestra fe. Por eso debemos profundizar en esta certeza que nos transforma interiormente y nos salva.

Quisiera pedirles que, durante los cuarenta días que preceden a la Pascua y nos invitan a prepararnos, busquemos tiempo para leer y meditar lo que enseña el Catecismo de la Iglesia Católica sobre la resurrección de Jesucristo: qué significa, qué importancia tiene para nuestra vida de fe y cómo se tiene que encarnar esta certeza en nuestra vida. Sólo así renovaremos con alegría y responsabilidad nuestras promesas bautismales la noche de Pascua.

Por otra parte, aunque es muy importante conocer y tratar de entender las verdades de la fe con la luz de la razón, a la hora de llevar esta fe a la vida quiero citar a San Buenaventura que dice: «Si quieres saber cómo se realizan estas cosas, pregunta a la gracia, no al saber humano; pregunta al deseo, no al entendimiento; pregunta al gemido expresado en la oración, no al estudio y la lectura; pregunta al Espíritu, no al maestro; pregunta a Dios, no al hombre; pregunta a la oscuridad, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que abrasa totalmente y que transporta hacia Dios con unción suavísima y ardentísimos afectos».

Con la luz de la razón y también con el auxilio del Espíritu, tenemos que profundizar en la certeza de que Jesús estará con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (cf. Mt 28,20). Y para que la búsqueda de Cristo, presente en su Iglesia, no se reduzca a algo meramente abstracto o cargado de sentimentalismo, es necesario reconocer los lugares y momentos en los que es posible encontrar a Jesús. Son, por así decirlo, los “lugares” a los que hemos de dirigir nuestros pasos en esta Cuaresma:

+ **Cristo está presente en la oración comunitaria.** “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Sin dejar de lado la importancia de la oración personal en nuestra vida, la oración comunitaria es fundamental para encontrar al Señor. Nuestras comunidades han de ser cenáculos de oración donde se rece unos por otros, por toda la humanidad y, en particular, por los que más lo necesitan. En este sentido, quiero animar todas las iniciativas que se fomentan para la realización de la oración comunitaria en las familias, comunidades, grupos o movimientos, comunidades y centros parroquiales.

+ **Cristo está presente en las Escrituras.** La Palabra de Dios, leída a la luz de la Tradición, de los Padres de la Iglesia y del Magisterio eclesial, profundizada en la meditación y la oración, nos lleva a un verdadero encuentro con Cristo. Si bien todos debemos hacer un esfuerzo por conocer más y mejor la Sagrada Escritura, es indispensable iniciar con el conocimiento de los Evangelios. Su lectura, cuando se acoge con la misma atención con que las multitudes escuchaban a Jesús a la orilla del lago de Galilea, no cabe duda que ha de producir verdaderos frutos de conversión. En particular, durante este tiempo de Cuaresma, quiero animar a la lectura orante de la Sagrada Escritura a través de la celebración de la “Lectio Divina”.

+ **Cristo está presente en la Sagrada Liturgia.** A la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II debemos una riquísima exposición de las múltiples presencias de Cristo en la Liturgia de la Iglesia. “Cristo está presente en el celebrante que renueva en el altar el mismo y único sacrificio de la Cruz; está presente en los Sacramentos en los que actúa su fuerza eficaz. Cuando se proclama su Palabra, es Él mismo quien nos habla. Está presente además en la comunidad en virtud de su promesa” (SC, 7): todas ellas son realidades por medio de las cuales podemos encontrar al Señor presente en su Iglesia. Por eso, en el camino cuaresmal, hemos de estar atentos a estas presencias, aprovechando la riqueza simbólica de la liturgia para subrayar y reconocer al Señor que nos salva. Innumerables son las oportunidades que tendremos sin duda en esta Cuaresma, para encontrar al Señor en la Sagrada Liturgia. Desde el austero símbolo de la ceniza, con el cual se inicia la Cuaresma y la celebración de la penitencia a través del sacramento de la Reconciliación, tan propia de la Cuaresma, la celebración del Triduo Pascual, y otras, la Liturgia nos dará la oportunidad de encontrar al Señor.

+ **Cristo está realmente presente sobre todo en la Eucaristía** por la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. La Iglesia cree y descubre por la fe la presencia de Jesús con una intensidad única en la Eucaristía. Presencia real, porque es sustancial. Se trata de Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que se dá todo entero para que todos tengan vida y la tengan en abundancia.

En la carta encíclica *Ecclesia de Eucaristia*, el recordado siervo de Dios Juan Pablo II nos recordó que la Iglesia nace del Misterio Pascual y, precisamente porque es el “sacramento del Misterio Pascual”, la Eucaristía está en el centro de todo encuentro verdadero con Jesús y, por tanto, de toda la vida de la Iglesia. Por eso, está claro que la Iglesia vive del Cristo Eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe, y al mismo tiempo, misterio de luz. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús que “lo reconocieron al partir el pan” (cf. Lc 24).

El Papa Benedicto XVI, al respecto, nos recuerda que la sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega” (cf. Enc. *Deus caritas est*, 13). La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es el bien más precioso de la Iglesia. El Misterio Eucarístico –sacrificio, presencia, banquete- ha de ser fuerza transformadora de nuestra vida.

Por eso, este tiempo de Cuaresma debe ser también una oportunidad para revisar nuestra participación en la Eucaristía dominical. La celebración del Domingo, día del Señor, es una oportunidad de gracia de la que nadie se debe perder. En los domingos de Cuaresma de este año tendremos la oportunidad de encontrar a Jesús, desde la perspectiva del Evangelio de San Lucas, como modelo de fidelidad, entrega y encuentro con el amor misericordioso de Dios; su mensaje nos invitará a una profunda y gozosa esperanza en el perdón de Dios pues convertirse será posible solamente si acogemos la apremiante invitación a reconstruir la relación amorosa y filial con Dios, rota por el pecado, en la confianza de la misericordia divina.

+ **Cristo está presente en los pobres y necesitados.** Según nos dice el texto de la parábola del Juicio Final en el Evangelio de san Mateo, cada vez que alguien socorre a un hambriento, a un enfermo o encarcelado, lo hace con Jesús (cf. Mt 25,31-46). Por eso, el texto afirma que seremos juzgados sobre el amor a los más necesitados, en quienes misteriosamente está presente el Señor Jesús. A este respecto, conviene recordar las palabras del Papa Pablo VI al clausurar el Concilio Vaticano II: “en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo, el Hijo del hombre”.

El Señor Jesús está misteriosamente presente en los necesitados, por eso nuestro amor hacia ellos es amor hacia Jesús. Si lo vemos desde ese punto de vista, tenemos tantas oportunidades de amar al Señor en los muchísimos pobres y necesitados que encontramos a nuestro lado y en todos nuestros caminos. El mundo se ha ido haciendo dramáticamente una “aldea global”. Por eso seguramente, las dantescas escenas de la catástrofe del terremoto en Haití el pasado 12 de enero, por ejemplo, nos dejaron fuertemente impresionados. Así como hacia los haitianos, debemos dirigirnos a todos los que sufren. Allí está Jesús, implorando nuestra ayuda y nuestro amor. A Él es a quien socorremos o no.

Partiendo del Evangelio, quiero pedirles que aprovechemos este tiempo de Cuaresma para continuar promoviendo una cultura de solidaridad cristiana y auténtica caridad que impulse oportunas iniciativas de ayuda a los necesitados y transforme los criterios de acción de los cristianos para que se construyan estructuras y mecanismos sociales que fomenten la justicia y la solidaridad en función de una cada vez más auténtica promoción de todos y cada uno de los guatemaltecos y guatemaltecas.

La caridad cristiana, en este sentido, es un servicio de amor al que Jesús nos llama mediante acciones concretas. Este año, siendo el Año Sacerdotal, la **Campaña de Solidaridad Cuaresmal**

2010, por petición de todos los decanatos, se destinará a empezar un fondo de solidaridad para los sacerdotes enfermos y ancianos, de manera que se tengan algunos recursos para enfrentar las cada vez más comunes crisis de salud que sufren los ministros de la Iglesia a causa del excesivo trabajo. Es mi esperanza que a esta Campaña de Solidaridad Cuaresmal, además de las comunidades parroquiales, se sumen todos los movimientos y ministerios laicales, las hermandades y asociaciones de pasión, los colegios y escuelas católicos, las radios católicas, y todos los cristianos de buena voluntad.

3. “Ven y sígueme” (Lc. 18,22)

El encuentro con Cristo vivo en su Iglesia invita a ser **discípulos y misioneros**. Discípulo de Cristo es ese alguien que ha recibido al Señor, acogiéndolo como Hijo de Dios. Discípulo es quien escucha la llamada personal que le hace y que experimenta en sí mismo una voluntad imperiosa de seguirlo para darle una respuesta creyente y amorosa. Discípulo es aquel que, por el seguimiento, quiere configurarse totalmente a Él, respondiéndole y vinculándose inmediatamente a una comunidad de fieles en la que discierne luego cuál es su misión en la Iglesia y en el mundo. Para ser discípulos de Cristo, hay que acoger su llamado como una manifestación gratuita del amor de Dios y hay que ofrecerle una respuesta de amor. El discípulo responde, por gracia de Dios, con la fidelidad hasta la cruz y el testimonio de la Resurrección, al grado de estar dispuesto a dar la vida por los demás, a la manera de Jesús, “pues tampoco el Hijo del hombre vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por todos” (Mc 10,45). Por eso, el seguimiento y el testimonio hasta dar la vida son dos aspectos esenciales de la respuesta del discípulo.

Para ser discípulo hay que entrar en **comunidad de vida y de misión con Jesús**. Él mismo explica esta profunda comunión aludiendo a la vid y a los sarmientos (Cf. Jn 15,1-17). Es esta comunión y amistad profunda de Jesús con sus discípulos la que luego los implica en la misión misma de Jesús. El discípulo va detrás de Jesús, para aprender de Él y configurarse de tal forma que “no soy yo sino que es Cristo que vive en mí”, como decía San Pablo. Este seguimiento incluye necesariamente el camino de la cruz: “El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,27).

La Pascua de este año 2010, ya en plena realización de la fase preparatoria de la **Misión Continental** convocada en Aparecida, Brasil, debe ser un tiempo favorable para avanzar por el camino que nos ayude a madurar nuestra identidad y misión como cristianos hasta llegar a realizar “la plenitud de la vida cristiana y la perfección del amor” (cf. LG 40). Se trata de ser discípulos y misioneros, que se formen en la escucha de la Palabra, en la vivencia sacramental, en la vida comunitaria, en el servicio a los necesitados. Discípulos en comunión fraterna, miembros vivos de la comunidad de la Iglesia y en unidad con ella, desde su propia identidad. Discípulos para la misión, dispuestos a acoger la llamada para ir en nombre de Cristo a realizar la misión de la Iglesia en la edificación de la comunidad y en la construcción del reino de Dios en las realidades temporales, especialmente en aquellas propias de nuestro tiempo. La Pascua de este año 2010 debe ser, por tanto, una ocasión privilegiada para que nos planteemos seriamente la necesidad de enfrentar los desafíos de nuestra realidad y, desde esta realidad, ser discípulos capaces de hacer la experiencia de Jesucristo mediante un encuentro con Él. Así, renovaremos nuestra vida y nuestra realidad desde un encuentro con Él. A este respecto, no quiero terminar estas sencillas reflexiones cuaresmales sin hacer alusión a los desafíos que, según el **Papa Benedicto XVI**, aguardan a los católicos de Guatemala. Estos desafíos fueron mencionados por el Santo Padre en su reciente **Discurso al nuevo embajador de Guatemala ante la Santa Sede, Alfonso Roberto Matta Fahren**, con motivo de la presentación de sus cartas credenciales el pasado sábado 6 de febrero del presente año.

En su saludo al nuevo Embajador de Guatemala, el Santo Padre el Papa menciona “a quienes (en Guatemala) sufren las consecuencias de los fenómenos climáticos... que contribuyen a aumentar la sequía y favorecen la pérdida de las cosechas, produciendo desnutrición y pobreza...” (n. 3a). Se trata de la aguda crisis alimentaria y nutricional que enfrenta nuestro país y que se impone como objetivo prioritario para las acciones de solidaridad cristiana de nuestras Iglesias particulares. A este respecto, el Papa Benedicto XVI pide trabajar para que todos puedan disponer del alimento necesario de modo que “se promueva y dignifique la vida de todos, especialmente la de aquellos más vulnerables y desprotegidos, como los niños, que sin una adecuada alimentación, ven comprometido su crecimiento físico y psíquico y, a menudo, se ven abocados a trabajos impropios de su edad o inmersos en tragedias...” (n. 3b). En este contexto se ha de ubicar, además, la salvaguardia de la ecología y de los ecosistemas de nuestra patria, realizando con valor la denuncia profética de todos aquellos sistemas de producción que resulten contaminantes y, en particular, implicándonos en la protección del ambiente en aquellos lugares expuestos a la minería a cielo abierto.

El Santo Padre también menciona otros desafíos apremiantes, que “deterioran el tejido social guatemalteco, como el narcotráfico, la violencia, la emigración, la inseguridad, el analfabetismo, las sectas o la pérdida de referencias morales en las nuevas generaciones” (n. 4). Son desafíos éstos que han de ser enfrentados por la comunidad nacional a partir de una propuesta de valores humanos y evangélicos entre los que han de destacarse el amor a la familia, el respeto a los mayores, el sentido de responsabilidad y, sobre todo, la confianza en Dios.

Asimismo, el Papa Benedicto XVI considera que, en la construcción de un verdadero Estado de derecho, se ha de enfrentar el desafío de “eliminar cualquier forma de corrupción en las instituciones y administraciones públicas y de reformar la justicia, para aplicar justamente las leyes y erradicar la sensación de impunidad con respecto a quienes ejercen cualquier tipo de violencia o desprecian los derechos humanos más esenciales” (n. 5). El fortalecimiento democrático y la estabilidad política, que a su vez han de repercutir positivamente en todos los ámbitos de la sociedad nacional, ya sea el económico, cultural, político, territorial o religioso, no es sólo una responsabilidad del Estado y de sus actores: es responsabilidad de todos, especialmente de los discípulos de Jesús.

Finalmente el Santo Padre menciona un último desafío, que no por ser el último es menos importante. Se trata de la necesidad de garantizar “la defensa y protección legal de la vida humana, desde su concepción hasta su muerte natural”, favoreciendo una verdadera “cultura de la vida” (n. 6). De todos es conocido ampliamente el debate sobre los temas de salud reproductiva y educación sexual que se ha tenido en los últimos meses en nuestro país. No podemos quedarnos callados ante situaciones que pudieran lastimar el futuro de nuestros niños y adolescentes. Como discípulos de Jesús, debemos plantearnos seriamente sobre nuestra participación para que se siga garantizando, como lo expresa la Constitución Política de nuestro país, la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural.

4. Conclusión

Queridos hermanos y hermanas: celebraremos juntos la Pascua en la fecundidad de la muerte y de la cruz, en la certeza de la vida, la resurrección y la esperanza. ¡No dejemos pasar esta oportunidad para encontrarnos más auténticamente con Cristo, vencedor del pecado y de la muerte! ¡Él es nuestra vida, nuestra paz! ¡En Él los bendigo de corazón! Que María, nuestra Señora de los Dolores, nos ayude a vivir con intensidad este camino hacia la Pascua y nos prepare para el gozo incontenible de la Resurrección de su Hijo. Que Ella, que es Madre

nuestra, nos preceda en el anuncio gozoso de la Resurrección y nos anime siempre a ser discípulos y misioneros de Aquel que no se quedó en la tumba, sino resucitó de entre los muertos.

Nueva Guatemala de la Asunción, Miércoles de Ceniza 17 de febrero de 2010.

+ Rodolfo Cardenal Quezada Toruño
Arzobispo Metropolitano de Guatemala